

PUERTA REAL  
ESTEBAN DE LAS HERAS BALBÁS

## Gallego Morell, en la memoria

La Academia de Buenas Letras celebra mañana una junta pública en recuerdo de este granadino de ley enamorado de su ciudad



Con frecuencia coincidíamos desayunando en la desaparecida Cafetería Alhambra, casi al final de Recogidas, que regentaba Antoñito Fernández 'Bernina'. El establecimiento tenía pocas mesas, una clientela asidua y un cierto aire de esos cafés europeos que George Steiner veía como lugares propicios «para la cita y la conspiración, para el debate intelectual y para el cotilleo, para el 'flâneur' y para el poeta o el metafísico con su cuaderno». A Antonio le gustaba estar de pie en el mostrador frente al espejo para ver a los parroquianos de las mesas y a la gente que pasaba por la acera. Era un sagaz observador y un fabuloso conversador. En uno de aquellos encuentros me propuso hacer un viaje por las iglesias renacentistas toledanas, verdaderas joyas desconocidas. Cuando ya teníamos todo planeado, la enfermedad lo obligó a recluírse en su domicilio y nunca pudimos llevar a cabo la excursión. También hubo veranos en los que ambos estábamos tomando unas raciones de frutos del mar en la barra de Casa Ramón. Uno de aquellos días me habló de la pena que le causaba no ver en alguna de las plazas de la ciudad la estatua en bronce de su padre, que había terminado Miguel Moreno, y que sigue en el jardín del escultor esperando que la ciudad salde la deuda que tiene con el alcalde que más hizo por Granada en la posguerra. Ni entonces eran propicios los tiempos, ni lo son ahora cuando rige la delirante ley de memoria democrática. Habrá que esperar a que los necios –personas que, según la RAE, «insisten en sus propios errores o se aferran a ideas o posturas equivocadas, demostrando con ello poca inteligencia»– se apeen de la burra. De necedad y necios sabía mucho Antonio. Hasta pensó hacer un listado con los bobos solemnes de

la ciudad. Me dio algunos nombres que por respeto callo. No dejaba de ser una boutade, un entretenimiento divertido para pasar el rato entre vinos de la Ribera y puntillitas de calamar.

Tuvimos una estrecha relación en IDEAL, él como presidente del Consejo de Administración y yo como responsable de las páginas de Opinión. Raro era el día en que no me llamaba para proponerme algún tema o para anunciar que me enviaba un artículo. Venía escrito a mano, con esa letra que la gente llama 'de médico' y que Cristóbal, el encargado de cierre y antes linotipista, iba descifrando pacientemente en el ordenador. En su colaboración para el número extraordinario del 75 aniversario de este periódico, en mayo de 2007, confesaba que muchos de sus recuerdos personales estaban ligados a IDEAL desde que de niño vio arder su edificio en la calle de San Jerónimo, y mostraba su empatía con el diario afirmando que muchos de nosotros, «como los de las últimas generaciones de granadinos, nos llamamos IDEAL en alguno de nuestros apellidos». El pasado martes se cumplieron cien años de su nacimiento.

Rector de la Universidad, fue también director del Patronato de la Alhambra, comisario del Festival Internacional de Música y Danza, académico de honor de la Academia de Buenas Letras, numerario de la de Bellas Artes y muchas cosas más. Pero fue sobre todo un granadino de ley enamorado de su ciudad. En su centenario, la Academia de Buenas Letras celebrará una junta pública –con la intervención de Fernando de Villena, Antonio Sánchez Trigueros, José Ignacio Fernández Dognac y Miguel Gallego Roca– mañana a las ocho de la tarde en el Paraninfo de la Facultad de Derecho. Un merecido homenaje y un grato recuerdo.